

# González #34

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE,  
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

martes 17 de octubre, 2007

ENVIADO A [hojagonzalez@gmail.com](mailto:hojagonzalez@gmail.com) POR Felipe González

## Crítica retroactiva

Hace un par de semestres, en un salón del primer piso del bloque S, Diego León presentó la entrega final de Taller Interdisciplinario I, y me invitó a verla. Dentro de lo que me permite la memoria, puedo decir que uno entraba al salón que estaba dividido en tres cubículos: en el primero se veía un video de un perro sentándose; en el segundo un monitor que estaba conectado a una cámara que desde arriba enfocaba más que nada una silla que se encontraba en la mitad de aquel cubículo; en el último cubículo se proyectaba otro video, donde básicamente aparecía lentamente cada cuadro del primer video, dejando apreciar cada gesto minúsculo que hacía el perro durante el proceso de sentarse.

A mí me gustó la experiencia que ese proyecto me regaló: al entrar, el video del perro no despertaba mayor interés; luego la silla invitaba a que uno se sentara, uno lo contemplaba, lo dudaba, y finalmente algunos nos sentábamos, mientras éramos capturados por la cámara; al ver la acción del perro con lentitud, uno pensaba, “¿será que a mí también me grabó?, ¿hará lo mismo que está haciendo con este video?, ¿yo también haré todos esos gestos?, sí, sí los hago”.

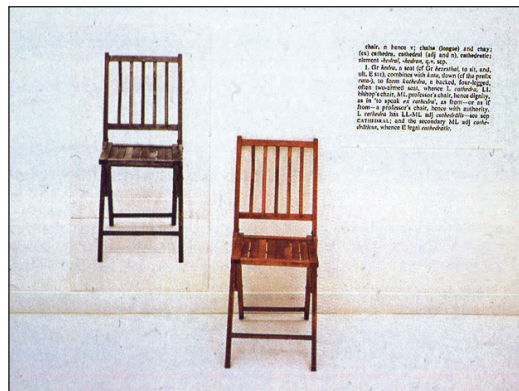
La semana pasada, Diego inauguró una exposición en la sala de proyectos. La sala estaba dividida en tres cubículos: en el primero se veía un video de un perro caminando sin rumbo fijo; en el segundo un monitor que estaba conectado a una cámara; en el último cubículo se proyectaba otro video, donde básicamente aparecía lentamente cada cuadro del primer video, dejando apreciar cada gesto minúsculo que hacía el perro caminando.

De ser el mismo proyecto, el de entonces y el de ahora, hay que resaltar que el cambio de espacio permitirá que muchas más personas se acerquen. Pero dada la gran cantidad de cambios minúsculos que surgen al comparar el proyecto de entonces con el de ahora, surge la pregunta acerca de si sí es el mismo proyecto.

Por un momento, el día de la inauguración, yo pensé que era el mismo proyecto, y fui a sentarme con mucha más seguridad que la otra vez, pero no encontré la silla y me caí. Pensé que lo que me había conectado a mí con el proyecto, cuando se llamaba entrega, era el hecho de identificar mis gestos al sentarme con los gestos del perro al sentarse, y que sí no había silla, mi acceso al proyecto quedaba totalmente bloqueado. Fue entonces cuando decidí hacer este texto, haciendo lo que nunca hice, decirle a Diego que el proyecto era buenísimo gracias a la silla. Estando ahí, en el piso, sentí un poco de culpa, porque creí que si yo, o alguien más, le hubiera dicho eso a Diego, él no hubiera quitado la silla, y yo no me habría caído.

Pero es que es muy difícil decir las cosas buenas, no tenemos un lenguaje establecido para eso, sólo una serie de adjetivos casi vacíos de significado y que suelen ser interpretados en su acepción más condescendiente; creo que yo sí le dije a Diego que me había gustado el proyecto, pero el comentario se quedó ahí. Habiendo reflexionado todo esto, me paré, salí de la sala de proyectos, y me fui caminando, como el perro.

—Felipe González.



ENVIADO A [hojagonzalez@gmail.com](mailto:hojagonzalez@gmail.com) POR R.G.

## Los maestros y la crítica

El Departamento de Arte de la Universidad de Wütendes (Viena) sustentó su programa académico ante las autoridades educativas del estado austriaco con la redacción de un documento oficial donde la frase “formar a un estudiante crítico” fue usada una y otra vez. El grupo de profesores de planta, que estaba encargado de la tarea de redacción del documento, encontró en la frase “formar a un estudiante crítico” un motivo conductor útil al momento de articular los propósitos, metas y objetivos del Departamento de Arte de la Universidad de Wütendes. La frase “formar a un estudiante crítico”—y la totalidad del documento de sustentación del programa académico— fueron revisados, aprobados y acreditados por las autoridades educativas del estado austriaco.

En la Universidad de Wütendes circula semanalmente una hoja donde se publican textos de miembros del Departamento de Arte. La mayoría de éstos textos han sido escritos por estudiantes del Departamento de Arte; algunos de esos textos han sido críticas escritas a la luz de problemas específicos del Departamento de Arte: ninguna de éstas críticas ha sido respondida por alguno de los profesores de planta del Departamento de Arte de la Universidad de Wütendes y menos aún por aquellos profesores que —encargados de redactar el documento oficial con que se sustentó la existencia del Departamento de Arte ante las autoridades académicas del estado austriaco— encontraron en la frase “formar a un estudiante crítico” una forma útil de redacción. Los estudiantes, ante la falta de respuesta a sus críticas, escriben poco y poca es la crítica que se forma en el Departamento de Arte de la Universidad de Wütendes.

—R.G.

### Escritos

Eduardo Chillida

[...]

Hay una cierta manera de conocer —previa a lo que llamamos conocimiento— desde la cual es posible, sin saber cómo es una cosa, conocerla. Esta manera de conocer es tan abierta que admite diversas formas, sin que por eso todavía sepa cómo es.

Este preconocimiento o aroma es mi guía en lo desconocido, en lo deseado, en lo necesario. Nunca discuto con él a priori y nunca dejo de hacerlo a posteriori.

[...]

Para la mayor parte de los hombres hacer algo es una maravilla. Es el único medio de realizar obras ¿perfectas? Sin embargo, creo que a poetas y artistas les nace muerto todo aquello que saben hacer. Yo no creo en la enseñanza del arte, pero si hay algo que se puede enseñar es esto. Todo lo demás hay que aprenderlo (que es muy distinto)

[...]

Tampoco creo en la enseñanza del arte. El arte se puede aprender, pero no enseñar. El deseo de saber lo que uno no sabe tiene un poder inmenso. Ese deseo puede con todo. Eso explica un poco que yo respeto la enseñanza, pero creo que en la enseñanza puede haber simplificaciones y yo las rechazo. Creo que lo que en arte se puede enseñar no es fundamental, lo fundamental no te lo puede enseñar nadie, lo tienes que aprender tú. Por tal razón no es honrado que yo aceptara algunas invitaciones para ser profesor en varias universidades extranjeras. Así fue varias veces. Y en una de éstas, recibí una invitación de la universidad de Harvard. Contesté lo mismo de siempre, que siento no aceptar porque no creo en la enseñanza del arte, y a los pocos días recibo otra carta diciendo que justamente por esto desearían tenerme como profesor invitado. No pude negarme. Llegué a Harvard y allí conocí a Jorge Guillén y José Luis Sert, que vivían como profesores. Tuve que exponer en una gran pizarra cuál era mi programa para que se pudieran apuntar a él. Expuse claramente: “Mi programa va a consistir en no tener programa. No os voy a enseñar nada, yo os voy a enseñar como aprendí yo”. Se apuntaron muchísimos alumnos, pero yo sólo acepté 15. Todos eran de una gran capacidad y preparación enorme, pero no quería un exceso de alumnos. Yo tenía el estudio de Le Corbusier para mi propio trabajo, pero pedí permiso para compartirlo con mis alumnos y las clases consistían en mil variadas materias. Por ejemplo, un día de una gran nevada, decidimos hablar sobre el lugar, las plazas, dado que se veían desde la ventana las huellas dejadas por las personas para llegar a esos lugares. Inmediatamente pedías y tenía todas las plazas importantes de allí, salían los más variados temas sobre arquitectura culta, arquitectura rural. De este orden fueron las clases durante el curso. Al final, pedí a los propios alumnos que en una hoja me explicaran que habían aportado ellos al curso y que habían obtenido de él. También, que se pusieran las notas que honradamente creían que habían merecido. Creo recordar que tres

se catearon, explicando que no habían sido capaces de sacar provecho a tanta libertad como les había otorgado. Fue una enriquecedora experiencia para mí.

[...]

Yo no creo en la enseñanza del arte y tengo que reconocerlo. Ya sé que resulta muy duro y que algunos lo pueden tomar muy mal, pero ¿qué le puedo hacer?

[...]

### La Ética de lo Dúctil

Lo maleable, lo condescendiente, y lo acomodado son formas de éticas en arte. Puede que suene fuerte al principio, a la lectura rápida, sin embargo me atrevo a afirmar dicho enunciado. Cuando se trata el frágil y complejo tema sobre arte y ética se hace referencia principalmente a dos elementos: la moral y el público. Por consiguiente se piensa que una “obra ética” debe respetar los valores de alguna sociedad y de algún público, que no ofendan ni trasgreden ciertos parámetros establecidos. (Ciertamente existe algún código que define lo moral dentro de una obra, sin embargo no busco introducirme en dichos códigos).

Ahora bien, la respuesta al por qué de lo ético en lo dúctil, radica en que las acciones que no satisfacen lo establecido serán mal vistas. No busco pensar la frase anterior en términos de Estado, de lo militar, de la policía, o de política (aunque se establezca que el arte sea político). No es necesario recurrir a los anteriores ejemplos, pues es posible que esto pase todo el tiempo, tanto que pase desapercibido. Es tan sencillo como tener que justificar los ejercicios de clase, tan simple como tener que probar nuestro propio pensamiento, tan fácil como ser dúctil en las ideas. Esto evidenciaría que es necesario ser dúctil casi que por conveniencia, pues existe un gran problema al pasar del quehacer al “no sé qué hacer”\*. Muchas veces se imponen quehaceres, lo cual creo necesario un varias ocasiones, pero creo negativo en excesos, aún más negativo cuando se pide (o se suplica) por un tema, por una idea o por límite. Sin embargo es el mismo “no sé qué hacer” que ha generado lo maleable para elaborar quehaceres.

Es posible, quizás, que una forma para no caer ante lo dúctil es a través de la duda, pues si se evidencia la oposición ante lo condescendiente es probable que ésta sea rechazada. Posiblemente no hay que señalar el tema para hablar de él, probablemente se pueda tratar señalado otras cosas.

—Andrés Pardo

---

\* Esto genera un gran problema, pues al no saber qué hacer se intenta guiar al “desubicado”, más éste puede buscar que le digan qué hacer. Sin embargo es en este punto donde un buen docente puede aconsejar, sin mostrar ni enunciar algún camino en específico.